

una isla de amazonas, tierra rica; mas nunca se han hallado tales mujeres: creo que nació aquel error del nombre Ciuatlan, que quiere decir tierra ó lugar de mujeres.

De Cristóbal de Tapia, que fué por gobernador á Méjico.

Poco después que Méjico se ganó, fué Cristóbal de Tapia, veedor de Santo Domingo, por gobernador de la Nueva-España. Entró en la Veracruz, presentó las provisiones que llevaba, pensando hallar valedores por amor del obispo de Búrgos, que lo enviaba, y amigos de Diego Velazquez que le favoreciesen. Respondieronle que las obedescian; mas, cuanto al cumplimiento, que vernian los vecinos y regidores de aquella villa, que andaban en la reedificación de Méjico y conquistas de la tierra, y harian lo que mas conviniere al servicio del Emperador y Rey, su señor. El tuvo enojo y desconfianza de aquella respuesta; escribió á Cortés, y partiése dende á poco para Méjico. Cortés le respondió que holgaba de su venida, por la buena conversacion y amistad que habian tenido en tiempos pasados, y que enviaba á fray Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la Cruzada, para informarle del estado en que la tierra y españoles estaban, como persona que se había hallado en el cerco de Méjico, y le acompañase. Informó al fraile de lo que había de hacer, y proveyó cómo Tapia fuese bien proveido por el camino; mas, porque no llegase á Méjico, determinó salirle al camino, dejando el de Pánuco, que tenía á punto. Los capitanes y procuradores de todas las villas que allí estaban, no le dejaron ir; por lo cual envió poderes á Gonzalo de Sandoval, Pedro de Albarado, Diego de Soto, Diego de Valdenebro y fray Pedro Melgarejo, que ya estaban en la Veracruz, para negociar con Tapia; y todos ellos juntos le hicieron volver á Cempoallan, y allí, presentando sus provisiones otra vez, suplicaron dellas para el Emperador, diciendo que así cumplía á su real servicio, al bien de los conquistadores y paz de la tierra, y aun le dijeron que las provisiones eran favorables y falsas, y él incapaz é indigno de tan grande gobernacion. Viendo pues Cristóbal de Tapia tanta contradiccion y otras amenazas, se volvió por donde fué, con grande afrenta, no sé si con moneda; y aun en Santo Domingo le quisieron quitar el oficio la Audiencia y Gobernador, porque fuera á revolver la Nueva-España, habiéndole mandado que no fuese so gravísimas penas. Tambien fué luego Juan Bono de Quexo, que había ido con Narvaez por maestro de nao, con despachos del obispo de Búrgos para Cristóbal de Tapia. Llevaba cien cartas de un tenor, y otras en blanco, firmadas del mismo obispo, y llenas de ofrescimientos para los que recibiesen por gobernador á Tapia, diciendo cómo el Emperador era deservido de Cortés; y una para el mismo Cortés con muchas mercedes si dejaba la tierra á Cristóbal de Tapia, y si no, que le seria contrario. Muchos se alteraron con estas cartas, que eran ricas; y si Tapia no fuera ido, hubiera novedades; y algunos dijeron que no era mucho haber comunidad en Méjico, pues la había en Toledo; mas Cortés lo atajó sabia y halagüeñamente. Los indios asimismo se trocaron con esto, y se rebelaron los cuixtecas y los de Coazacoalco y Tabasco y otros, que les costó caro.

La guerra de Pánuco.

Antes que Moteczuma muriese, y luego que Méjico fué destruido, se había ofrescido el señor de Pánuco al servicio del Emperador y amistad de cristianos; por lo cual quería ir Cortés á poblar en aquel río cuando llegó Cristóbal de Tapia, y aun porque le decian ser bueno para navíos, y tener oro y plata. Moviale tambien deseo de vengar los españoles de Francisco de Garay que allí mataran, y anticiparse á poblar y conquistar aquel río y costa primero que llegase el mismo Garay; ca era fama cómo procuraba la gobernacion de Pánuco, y que armaba para ir allá. Así que, habiendo escrito mucho antes á Castilla por la jurisdiccion de Pánuco, y pidiéndole agora gente algunos de allí para contra sus enemigos, desculpándose de las muertes de ciertos soldados de Garay y de otros que yendo á la Veracruz dieran allí al través, fué con treientos españoles de pié y ciento y cincuenta de caballo y cuarenta mil mejicanos. Peleó con los enemigos en Ayotuxtletatlan; y como era campo raso y llano, donde se aprovechó muy bien de los caballos, concluyó presto la batalla y la victoria, haciendo gran matanza en ellos. Murieron muchos mejicanos y quedaron heridos cincuenta españoles y algunos caballos. Estuvo allí Cortés cuatro dias por los heridos; en los cuales vinieron á darle obediencia y dones muchos lugares de aquella liga. Fué á Chila, cinco leguas de la mar, donde fué desbaratado Francisco Garay. Envió desde allí mensajeros por toda la comarca allende el río, rogándoles con la paz y predicacion. Ellos, ó por ser muchos y estar fuertes en sus lagunas, ó pensando matar y comer los de Cortés, como habian hecho á los de Garay, no curaron de tales ruegos ni requerimientos ni amistades; antes mataron algunos mensajeros, amenazando reciamente á quien los enviaba. Cortés esperó quince dias, por atraerlos por bien. Después dióles guerra; pero, como no les podía dañar por tierra, que se estaban en sus lagunas, mudó la guerra, buscó barcas, y en ellas pasó de noche, por no ser sentido, á la otra parte del río con cien peones y cuarenta de caballo. Fué luego visto con el día, cargaron sobre él tantos y tan recio, que nunca los españoles vieran en aquellas partes acometer en campo tan denodadamente á indios ningunos. Mataron dos caballos y hirieron diez muy mal; pero con todo eso, fueron desbaratados y seguidos una legua, y muertos en gran cantidad. Los nuestros durmieron aquella noche en un lugar sin gente; en cuyos templos hallaron colgados los vestidos y armas de los españoles de Garay, y las caras con sus barbas desolladas, curtidadas y pegadas por las paredes. Algunas conocieron y lloraron, que ciertamente ponía gran lástima; y bien parecia ser los de Pánuco tan bravos y crueles como mejicanos decian; que como tenían guerra ordinaria con ellos, habian probado semejantes crueldades. Fué Cortés de allí á un hermoso lugar donde todos estaban con armas, como en celada, para tomarle á manos en las casas. Los de caballo que iban delante los descubrieron. Ellos, como fueron vistos, salieron, y pelearon tan fuertemente, que mataron un caballo y hirieron otros veinte, y muchos españoles. Tuvieron gran tesan, por

el cual duró buen rato la pelea. Fueron vencidos tres ó cuatro veces, y tantas se rehicieron con gentil concierto. Hacíanse muelas, hincaban las rodillas en el suelo, tiraban sus varas, flechas y piedras sin hablar palabra; cosa que pocos indios acostumbra; y ya que todos estaban cansados, echáronse á un río que por allí pasa, y poco á poco lo pasaron; de lo cual no pesó á Cortés. Repararon á la orilla, y estuviéronse allí con grande ánimo hasta que cerró la noche. Los nuestros se tornaron al lugar, cenaron el caballo muerto, y durmieron en buena guarda. Otro dia siguiente fueron corriendo el campo á cuatro pueblos despoblados, donde hallaron muchas tinajas del vino que usan, puestas en bodegas por gentil órden. Durmieron en unos maizales por causa de los caballos. Anduvieron otros dos dias; y como no hallaban gente, volvieron á Chila, do estaba el real. No venia hombre á ver los españoles de cuantos estaban allende el río, ni les hacian guerra. Tenia Cortés pena de lo uno y de lo otro, y por traerlos á una de las dos cosas, echó de la otra parte del río los mas caballos y españoles y amigos, que salteasen un gran pueblo, orilla de una laguna. Acometiéronlo de noche por agua y tierra y hicieron gran estrago. Espantáronse los indios de ver que de noche y en agua los acometian, y comenzaron luego á rendirse, y en veinte y cinco dias se dió toda aquella comarca y vecinos del río. Fundó Cortés á Santisteban del Puerto, junto á Chila. Pusó en él cien infantes y treinta de caballo. Repartióles aquellas provincias. Nombró alcaldes, regidores y los otros oficiales de concejo, y dejó por su teniente á Pedro de Vallejo. Asoló á Pánuco y Chila y otros grandes lugares, por su rebeldía y por la crueldad que tuvieron con los de Garay; y dió la vuelta para Méjico, que se edificaba. Costóles setenta mil pesos esta ida, porque no hubo despojo. Vendíanse las herraduras á peso de oro ó por doblada plata. Dió al través un navío entonces, que venia con bastimento y municion para el ejército desde la Veracruz, que no se salvó sino tres españoles en una islica, cinco leguas de tierra; los cuales se mantuvieron muchos dias con lobos marinos, que salian á dormir en tierra, y con unos como higos. Rebelóse á esta sazón Tututepec del norte con otros muchos pueblos que están á raya de Pánuco; cuyos señores quemaron y destruyeron mas de veinte lugares amigos de cristianos. Fué á ellos Cortés, y conquistólos guerreando. Matáronle muchos indios rezagados, y reventaron doce caballos por aquellas sierras, que hicieron gran falta. Fueron ahorcados el señor de Tututepec y el capitán general de aquella guerra, que se prendieron en batalla, porque habiéndose dado por amigos, y rebelado y perdonado otra vez, no guardaron su palabra y juramento. Vendióronse por esclavos en almoneda docientos hombres de aquellos, para rehacer la pérdida de los caballos. Con este castigo y con darles por señor otro hermano del muerto, estuvieron quedos y sujetos.

Cómo fué Francisco de Garay á Pánuco con grande armada.

Francisco de Garay fué á Pánuco el año de 48, y los de Chila lo desbarataron, y se comieron los españoles que mataron, y aun pusieron los cueros en sus templos por memoria ó voto, segun ya está dicho. Tornó allá

con mas gente al otro año siguiente, á lo que algunos dicen, y tambien lo echaron por fuerza de aquel río. El entonces, por la reputacion, y por haber la riqueza de Pánuco, procuró el gobierno de allí. Envió á Castilla á Juan Lopez de Torralba con informacion del gastoy descubrimiento que había hecho; el cual le hubo el adelantamiento y gobernacion de Pánuco. Armó en virtud dello, el año de 23, nueve naves y dos bergantines, en que metió ciento y cuarenta y cuatro caballos y ochocientos y cincuenta españoles, y algunos isleños de Jamáica, donde forneció la flota; muchos tiros, docientas escopetas y trecientas ballestas; y como era rico, bastecia la armada muy bien de carne y pan y mercería. Hizo un pueblo en Aire, que llamó Garay. Nombró por alcaldes á Alonso de Méndez y Fernando de Figueroa; por regidores á Gonzalo de Ovalle, Diego de Cifuentes y un Villagran. Pusó alguacil, escribano, fiel, procurador y todos los otros oficios que tiene una villa en Castilla. Tomóles juramento, y tambien á los capitanes del ejército, que no le dejarian ni serian contra él. Y con tanto, se partió de Jamáica por Sant Juan. Fué á Xagua, puerto de Cuba muy bueno, donde supo que Cortés tenía poblado á Pánuco y conquistada aquella tierra; cosa que mucho le pesó y temió; y porque no le aconteciese como á Pánfilo de Narvaez, pensó de tratar de concierto con Fernando Cortés. Escribió á Diego Velazquez y al licenciado Alonso Zuazo sobre ello, rogando al Zuazo que fuese á Méjico á entender por él con Cortés. Zuazo holgó dello, vino á Xagua, habló con Garay, y partieronse cada uno á su negocio. Zuazo corrió fortuna y pasó grandes trabajos antes de llegar á la Nueva-España. Garay tuvo tambien recio temporal, y llegó al río de Palmas día de Santiago. Surgió allí con todos sus navíos, que no pudo al hacer. Envió el río arriba á Gonzalo de Ocampo, su pariente, con un bergantín, á mirar la disposicion, gente y lugares de aquella ribera. Ocampo subió quince leguas, vió cómo entraban muchos ríos en aquel, y volvió al cuarto dia, diciendo que la tierra era ruin y desierta. Fué creído, aunque no supo lo que dijo. Sacó Garay con esto á tierra cuatrocientos compañeros y los caballos. Mandó que los navíos fuesen costa á costa con Juan de Grijalva, y el camino ribera del mar á Pánuco, en órden de guerra. Anduvo tres dias por despoblado y por unas malas ciénagas. Pasó un río que llamó Montalto, por correr de grandes sierras, á nado y en balsas. Entró en un gran lugar vacío de gente, mas lleno de maiz y de guayabos. Arrodeó una gran laguna, y luego hizo mensajeros con unos de Chila que prendiera, y sabian castellano, á un pueblo para que lo recibiesen de paz. Allí le hospedaron, y bastecieron á Garay de pan, fruta y aves, que toman en lagunas. Los soldados se medio amotinaron porque no les dejaba saquear. Pasaron otro río crecido, donde se ahogaron ocho caballos. Metiéronse luego por unos lagunajos, que no cuidaron salir; y si hubiera por allí gente de guerra, no escapara hombre dellos. Aportaron, en fin, á buena tierra, después de haber sufrido mucha hambre, mucho trabajo, muchos mosquitos, chinchas y morciélagos, que se los comian vivos; y llegaron á Pánuco, que tanto deseaban. Masno hallaron qué comer, á causa de las guerras pasadas que

tuvo allí Cortés, ó como ellos pensaban, por haber alzado las vituallas los contrarios, que estaban de la otra parte del río. Por lo cual, y como no parecían los navíos que traían los bastimentos, se derramaron los soldados á buscar de comer y ropa; y Garay envió á Gonzalo de Ocampo á saber qué voluntad le tenían los de Cortés que estaban en Santistéban del Puerto. El cual volvió diciendo que buena, y que podía ir allá; mas empero él se engañó ó lo engañaron; y así, engañó á Garay, que se acercó á los contrarios mas de lo que debiera; y decía á los indios, porque les favoreciesen, cómo venia á castigar aquellos soldados de Cortés que les habían hecho enojo y daño. Salieron los de Santistéban á escondidas, que sabían la tierra, y dieron en los de caballo de Garay, que estaban en Nachapalan, pueblo muy grande, y prendieron al capitán Albarado con otros cuarenta, por usurpadores de la tierra y ropa ajena. De lo cual recibió Garay mucho daño y enojo; y como se le perdieron cuatro naos, aunque las otras surgieran á la boca de Pánuco, comenzó á temer la fortuna de Cortés. Envio á decir á Pedro de Vallejo, teniente de Cortés, que venia á poblar con poderes y licencia del Emperador, que le volviese sus hombres y caballos. Vallejo le respondió que le mostrase las provisiones para lo creer, y requirió á los maestros de las naos que entrasen al puerto; no recibiesen el daño que las otras veces pasadas, viniendo tormenta; y si no lo hacían, que los ternia por cosarios. Mas él y ellos replicaron que no lo querían hacer por decirlo él, y que harían lo que les conviniese.

La muerte del adelantado Francisco Garay.

Pedro de Vallejo avisó á Cortés de la ida y armada de Garay en viéndola, y luego de lo que con él había pasado, para que proveyesen con tiempo de mas compañeros, municiones y consejo. Cortés, como lo supo, dejó las armadas que hacía para Higuera, Chiapanac, Cuahutemallan, y aderezóse para ir á Pánuco, aunque malo de un brazo. E ya que partir quería, llegaron á Méjico Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz, con cartas del Emperador y con las provisiones de la gobernacion de la Nueva-España y todo lo que hobiese conquistado, y nombradamente á Pánuco. Por las cuales no fué; mas envió á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, con aquella provision, y á Pedro de Albarado con mucha gente. Anduvieron en demandas y respuestas Garay y Ovando: uno decía que la tierra era suya, pues el Rey se la daba; otro que no, pues el Rey mandaba que no entrase en ella teniéndola poblada Cortés, y tal era la costumbre en Indias; de suerte que la gente de Garay padecía entre tanto, y deseaba la riqueza y abundancia de los contrarios, y aun perescia á manos de indios, y los navíos se comían de broma y estaban á peligro de fortuna; por lo cual, ó por negociacion, Martín de Sant Juan, guipuzcuano, y un Castromocho, maestros de naos, llamaron á Pedro de Vallejo secretamente, y le dieron las suyas; él, como las tuvo, requirió á Grijalva que surgiese dentro el puerto, segun usanza de marineros, ó se fuese de allí; Grijalva respondió con tiros de artillería; mas como tornó Vicente Lopez, escribano, á requerirle otra vez, y vió que las otras naves se entraban por el río, surgió en el puerto con la capita-

na; prendiólo Vallejo, mas luego lo soltó Ovando, y se apoderó de los navíos; que fué desarmar y deshacer á Garay; el cual pidió sus navíos y gente, mostrando su provision real, y requiriendo con ella, y diciendo que se quería ir á poblar en el río de Palmas, y se quejaba de Gonzalo de Ocampo, que le dijo mal del río de Palmas, y de los capitanes del ejército y oficiales de concejo, que no le dejaron poblar allí en desembarcando, como él quería, por no trabar mas pasion con Cortés, que estaba próspero y bienquisto. Diego de Ocampo, Pedro de Vallejo y Pedro de Albarado le persuadieron que escribiese á Cortés en concierto, ó se fuese á poblar en el río de las Palmas, pues era tan buena tierra como la de Pánuco, que ellos le volverían los navíos y hombres, y le bastecerían de vituallas y armas. Garay escribió y aceptó aquel partido; y así, se pregonó luego que todos se embarcasen en los navíos que fueron, só pena de azotes al peon y los otros de las armas y caballo, y que los que habían comprado armas, se las volviesen. Los soldados, como esto vieron, comenzaron á murmurar y á rehusar; y unos se metieron la tierra adentro, que los mataron indios, otros se escondieron; y así, se disminuyó mucho aquel ejército; los otros echaron por achaque que los navíos estaban podridos y abromados, y dijeron que no eran obligados á le seguir mas de hasta llegar á Pánuco, ni querían ir á morir de hambre, como habían hecho algunos de la compañía. Garay les rogaba no le desamparasen, prometiales grandes cosas, acusábales el juramento. Ellos hacerse sordos; anochescian y no amanescian, y tal noche hubo que se le fueron cincuenta. Garay, desesperado con esto, envió á Pedro Cano y á Juan Ochoa con cartas á Cortés, en que le encomendaba su vida, su honra y remedio, y en teniendo respuesta se fué á Méjico. Cortés mandó que le proveyesen por el camino, y le hospedó muy bien. Capituló después de haber dado y tomado muchas quejas y desculpas, que casase el hijo mayor de Garay con doña Catalina Pizarro, hija de Cortés, niña y bastarda; que Garay poblase en las Palmas, y Cortés le proveyesen y ayudase; y reconciliáronse en grande amistad. Fueron ambos á maitines noche de Navidad del año de 1523; almorzaron tras la misa con mucho regocijo. Garay sintió luego dolor de costado con el aire que le dió saliendo de la iglesia; hizo testamento, dejó por albacea á Cortés, y murió quince dias después; otros dicen que cuatro. No faltó quien dijese que le habían ayudado á morir, porque posaba con Alonso de Villanueva; pero fué falso, ca murió de mal de costado, y así lo juraron el doctor Ojeda y el licenciado Pero Lopez, médicos que lo curaron. Así acabó el adelantado Francisco de Garay, pobre, descontento, en casa ajena, en tierra de su adversario, pudiendo, si se contentara, morir rico, alegre, en su casa, á par de sus hijos y mujer.

La pacificacion de Pánuco.

Como Francisco de Garay se fué á Méjico, hizo Diego de Ocampo salir de Santistéban con público pregon los capitanes y hombres principales del ejército de Garay, porque no revolviessen la tierra y la gente; ca muchos dellos eran grandes amigos de Diego Velazquez, como decir Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de

Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina, Juan de Avila, Antonio de la Cerda, Taborda y otros muchos; por lo cual, y por verse sin cabeza, bien que estaba allí un hijo de Garay, comenzó la hueste á desmandarse sin rienda ninguna; ibanse á los lugares, tomaban la ropa y mujeres que podían; en fin, andaban sin orden ni concierto. Enojados los indios dello, se concertaron de matarlos, y en breve tiempo mataron y comieron cuatrocientos españoles; en solo Tamiquit degollaron los ciento; de lo cual tanto enojo tomó Garay, que apresuró su muerte, y los indios tanta osadía, que combatiéron á Santistéban, y la pusieron en punto de perderse; mas como los de dentro tuvieron lugar de salir al campo, los desbarataron, después de haber peleado muchas veces. En Tucetuco quemaron una noche cuarenta españoles y quince caballos de Fernando Cortés; el cual, como lo supo, envió luego allá á Gonzalo de Sandoval con cuatro tiros, cincuenta de caballo, cien infantes españoles, y dos señores mejicanos con cada quince mil indios é indias. Nombro indias, porque siempre que Cortés ó sus capitanes iban á la guerra, llevaban en el ejército muchas mujeres para panaderas y para otros servicios, y muchos indios no querían ir sin sus mujeres ó amigas. Caminó Sandoval á grandes jornadas, peleó dos veces con los de aquella provincia de Pánuco; rompiólos, y entró en Santistéban, do ya no había mas de veinte y dos caballos y cien españoles, y si un poco tardara no los hallara vivos, tanto por no tener qué comer, como por ser mucho y recio combatidos. Hizo luego Sandoval tres compañías de los españoles, que entrasen por tres partes la tierra adelante, matando, robando y quemando cuanto hallasen. En poco tiempo se hizo mucho daño, porque se abrasaron muchos lugares, y se mataron infinitas personas; prendieron sesenta señores de vasallos y cuatrocientos hombres ricos y principales, sin otra mucha gente baja. Hizose proceso contra todos ellos, por el cual, y por sus propias confesiones, los condenó á muerte de fuego. Consultólo con Cortés, soltó la gente menuda, quemó los cuatrocientos cativos y los sesenta señores; llamó á sus hijos y herederos que lo viesen para que escarmentasen, y luego dióles los señoríos en nombre del Emperador, con palabra que dieron de siempre ser amigos de cristianos y españoles, aunque ellos poco la guardan, tanto son de mudables y bulliciosos; pero en fin, se allanó Pánuco.

Los trabajos del licenciado Alonso Zuazo.

Partiendo el licenciado Zuazo del cabo de Sant Anton, en Cuba, para la Nueva-España, le dió temporal que desatinó al piloto de la carabela, y se perdió en las Viboras, donde algunos fueron comidos de tiburones y lobos marinos, y el licenciado y otros de su compañía se mantuvieron de tortugas, peces como adargas, y que se llevaba una seis hombres sobre la concha andando, y que ponen en tierra quinientos huevos pequeños; pero comíanlo todo crudo, á falta de lumbre. En otra isleta estuvo muchos dias, que se mantuvo de aves crudas, y de la sangre por bebida, donde con la sed y calor grandísimo aina peresciera, mas sacó lumbre con palos, segun indios sacan, que le aprovechó mucho. En otra isleta sacó agua con grandísimo trabajo, y quemó leña

cubierta de piedra, cosa nueva; hizo una barquilla de la madera de la carabela quebrada, en la cual envió aviso de su desventura á Cortés con Francisco Ballester, Juan de Arenas, Gonzalo Gomez, que prometieran castidad perpetua en la tormenta, y un indio que agotase la barquilla; los cuales fueron á dar cerca de Aquihuitlan, y luego á la Veracruz, y después á Medellín, donde aparejó Diego de Ocampo un navío, y se lo dió, para ir por Zuazo, y lo mesmo mandó Cortés en sabiéndolo, y que si allí viniese Zuazo, le proveyesen muy bien; y tras esto, envió un criado á esperarle en Medellín; que cuando llegó Zuazo le dió diez mil castellanos, vestidos y cabalgaduras, con que se fuese á Méjico; y fué bien recibido y aposentado de Fernando Cortés, de manera que su desdicha paró en alegría.

La conquista de Utlatlan que hizo Pedro de Albarado.

Habíanse dado por amigos, tras la destruicion de Méjico, los de Cuahutemallan, Utlatlan, Chiapa, Xochnuxco, y otros pueblos á la costa del Sur, enviando y aceptando presentes y embajadores; mas como son mudables, no perseveraron en la amistad, antes hicieron guerra á otros porque perseveraban; por lo cual, y pensando hallar por allí ricas tierras y extrañas gentes, envió Cortés contra ellos á Pedro de Albarado; dióle trecientos españoles con cien escopetas, ciento y setenta caballos, cuatro tiros, y ciertos señores de Méjico con alguna gente de guerra y de servicio, por ser el camino largo. Partió pues Albarado de Méjico á 6 dias del mes de diciembre, año de 1523. Fué por Tecantepec á Xochnuxco, por allanar ciertos pueblos que se habían rebelado. Castigó muchos rebeldes, dándolos por esclavos, después de haberlos muy bien requerido y aconsejado; peleó muchos dias con los de Zapatlán, que es un muy grande y fuerte pueblo, donde fueron heridos muchos españoles y algunos caballos, y muertos infinitos indios de entrambas partes. De Zapatlán fué á Quezaltenanco en tres dias; el primero pasó dos rios con mucho trabajo; el segundo, un puerto muy agro y alto, que duró cinco leguas; en un reventon del cual halló una mujer y un perro sacrificados, que segun los intérpretes y guías dijeron, era desafío. Peleó en una barranca con hasta cuatro mil enemigos, y mas adelante en llano con treinta mil, y á todos los desbarató. No paraba hombre con hombre en viendo cabe sí algun caballo, animal que jamás habían visto. Tornaron luego á pelear con él junto á unas fuentes, y tornólos á romper. Rehiciéronse á la falda de una sierra, y revolviéron sobre los españoles con gran grita, ánimo y osadía; ca muchos dellos hubo que esperaban á uno y aun á dos caballos, y otros que por herir al caballero se asian á la cola del caballo; mas en fin, hicieron tal estrago en ellos los caballos y escopetas, que huyeron lindamente. Albarado los siguió gran rato, y mató muchos en el alcance. Murió un señor, de cuatro que son en Utlatlan, que venia por capitán general de aquel ejército. Murieron algunos españoles, y quedaron heridos muchos, y muchos caballos. Otro dia entró en Quezaltenanco, y no halló persona dentro; refresecóse allí, y corrió la tierra; al sexto vino un gran ejército de Quezaltenanco, muy en concierto, á pelear con españoles. Albarado sa-

lió á ellos con noventa de caballo y con docientos de pié, y un buen escuadron de amigos; púsose en un llano muy grande á tiro de arcabuz del real, por si fuese menester socorro. Ordenó cada capitán su gente, segun la disposicion del lugar, y luego arremetieron entrambas haces, y la nuestra venció á la otra. Los de caballo siguieron el alcance mas de dos leguas, y los peones hicieron una increíble matanza al pasar un arroyo. Los señores y capitanes y otras muchas personas señaladas se recogieron á un cerro peleando, y allí fueron presos y muertos. De que los señores de Utlatlan y Quezaltenango vieron la destruición, convocaron sus vecinos y amigos, y dieron parias á sus enemigos porque les ayudasen, y así tomaron á juntar otro muy grueso campo; enviaron á decir á Pedro de Albarado que querian ser sus amigos y dar de nuevo obediencia al Emperador, y que se fuese á Utlatlan. Todo era cautela para tomar dentro los españoles, y quemarlos una noche; ca ciudad es fuerte á demasía, las calles angostas, las casas espesas, y no tiene sino dos puertas; la una, con treinta escalones de subida, y la otra con una calzada, que ya tenían cortada por muchas partes, para que los caballos no pudiesen correr ni servir. Albarado creyó, y fué allí; mas como vió deshecha la calzada y la gran fortaleza del lugar, y no mujeres, sospechó la ruindad, y salióse fuera; pero no tan presto, que no recibiese mucho daño. Disimuló el engaño, trató con los señores, y fué, como dicen, á un traidor dos alevosos; ca por buenas palabras y con dádivas los aseguró y prendió; pero no por eso cesaba la guerra, antes andaba mas recia, porque tenían á los españoles como cercados, que no podían ir por yerba ni leña sin escaramuzar, y mataban cada día indios y aun españoles. Los nuestros no podían correr la tierra para quemar y talar los panes y huertas, por las muchas y hondas barrancas que al rededor de su fuerte habia; así que Albarado, pareciéndole mas corta via para ganar la tierra, quemó los señores que tenia presos, y publicó que quemaría la ciudad; y para esto y para saber qué voluntad le tenían los de Cuahutemallan, les envió á pedir ayuda, y ellos se la dieron de cuatro mil hombres, con los cuales, y con los demás que él se tenia, dió tal priesa á los enemigos, que los lanzó de su propia tierra. Vinieron luego los principales de la ciudad y comun á pedir perdon y á darse; echaron la culpa de la guerra á los señores quemados; la cual ellos habian tambien confesado antes que los quemasen. Albarado los recibió con juramento que hicieron de lealtad; soltó dos hijos de los señores muertos, que tenia presos, y dióles el estado y mando de los padres, y así se sujetó aquella tierra, y se pobló Utlatlan como primero estaba. Otros muchos prisioneros se herraron y se vendieron por esclavos, y dellos se dió el quinto al Rey, y lo cobró el tesorero de aquel viaje, Baltasar de Mendoza. Es aquella tierra rica, de mucha gente, de grandes pueblos, abundante de mantenimientos; hay sierras de alumbre y de un licor que parece aceite, y de azufre tan excelente, que sin refinar ni otra mezcla hicieron nuestros arcabuceros muy buena pólvora. Esta guerra de Utlatlan se acabó á principio de abril del año de 1524. Vendióse en ella la docena de herraduras en ciento y cincuenta castellanos.

La conquista de Cuahutemallan.

De Utlatlan fué Albarado á Cuahutemallan, donde fué recibido muy bien y hospedado. Estaba siete leguas de allí una ciudad muy grande, y orilla de una laguna, que hacia guerra á Cuahutemallan y Utlatlan y á otros pueblos. Albarado envió allá dos hombres de Cuahutemallan á rogarles que no hiciesen mal á sus vecinos, que los tenia por amigos, y á requerirles con su amistad y paz. Ellos, confiados en la fuerza del agua y multitud de canoas que tenían, mataron los mensajeros sin temor ni vergüenza. Él entonces fué allá con ciento y cincuenta españoles y otros sesenta de caballo y muchos indios de Cuahutemallan, y ni le quisieron recibir ni aun hablar. Caminó cuanto pudo con treinta caballos la orilla de la laguna hácia un peñol, poblado dentro en agua. Vió luego un escuadron de hombres armados; acometiólo, rompiólo y siguiólo por una estrecha calzada, donde no se podía ir á caballo. Apeáronse todos, y á vueltas de los contrarios entraron en el peñol. Llegó luego la otra gente, y en breve tiempo lo ganaron, y mataron mucha gente. Los otros se echaron al agua, y á nado se pasaron á una isleta. Saquearon las casas, y salióronse á un llano lleno de maizales, donde asentaron real y durmieron aquella noche. Otro día entraron en la ciudad, que estaba sin gente. Maravilláronse cómo la habian desamparado siendo tan fuerte, y fué la causa perder el peñol, que era su fortaleza, y ver que do quiera entraban los españoles. Corrió Albarado la tierra, prendió ciertos hombres della, y envió tres dellos á los señores á rogarles que viniesen de paz, y serian bien tratados; donde no, que los persiguiera y les talaria sus huertas y labranzas. Respondieron que jamás su tierra habia sido hasta entonces sujeta de nadie por fuerza de armas; pero que pues él lo habia hecho tan de valiente, ellos querian ser sus amigos; y así, vinieron y le tocaron las manos, y quedaron pacíficos y servidores de españoles. Albarado se tornó á Cuahutemallan, y dende á tres días vinieron á él todos los pueblos de aquella laguna con presentes, y ofrescerle sus personas y haciendas, diciéndole que por amor suyo, y por quitarse de guerra y enojos con sus vecinos, querian paz con todos. Vinieron asimismo otros muchos pueblos de la costa del sur á darse, porque les favoreciese; y dijéronle cómo los de la provincia de Izcuintepec no dejaban pasar á nadie por su tierra, que fuese amigo de cristianos. Albarado fué á ellos con toda su gente; durmió tres noches en despojado, y luego entró en el término de aquella ciudad; y como ninguno tiene contratacion con ella, no habia camino abierto mayor que senda de ganados, y aquel todo cerrado de espesas arboledas. Llegó al lugar sin ser visto, tomólos en las casas, que por la gran agua que caia no andaba ninguno por las calles; mató y prendió algunos; los vecinos no se pudieron juntar ni armar, como fueron salteados así. Huyeron los mas; los otros, que esperaron y se hicieron fuertes en ciertas casas, mataron muchos de nuestros indios y hirieron algunos españoles. Quemó el pueblo, avisó al señor que haria otro tanto á los panes, y aun á ellos, si no daban obediencia. El señor y todos vinieron luego y diéronsele. En esto se detuvo allí ocho dias, y acudieron á él todos

los pueblos de la redonda, ofresciéndole su amistad y servicio. De Izcuintepec fué Albarado á Caetipar, que es de lengua diferente, y de allí á Tatixco, y luego á Necendelan. Mataron en este camino muchos de nuestros indios rezagados; tomaron mucho fardaje, y todo el herraje y filado para las ballestas; que no fué chica pérdida. Envio tras ellos á Jorge de Albarado, su hermano, con cuarenta de caballo; mas no lo pudo cobrar, por mas que corrió. Todos estos de Necendelan traian sendas campanillas en las manos peleando. Estuvo en aquel pueblo mas de ocho dias, que no pudo atraer los moradores á su amistad, y fuése á Pazuco, que le rogaban, pero con traicion, para matarle seguro. Topó en el camino muchas flechas hincadas por el suelo, y á la entrada del lugar ciertos hombres que hacian cuartos un perro; y lo uno y lo otro era señal de guerra y enemistad. Vió luego gente armada, peleó con ella hasta sacarla del pueblo; siguióla, mató mucha. Fué á Mopicalanco, y de allí á Acayucatl, donde bate la mar del Sur; y antes de entrar dentro, halló el campo lleno de hombres armados, que sabiendo su venida, le atendian para pelear con gentil semblante. Pasó por cerca dellos; y aunque llevaba docientos y cincuenta españoles á pié y ciento de caballo, y seis mil indios, no se atrevió á romper en ellos, porque los vió fuertes y bien ordenados. Mas ellos, en pasando él, arremetieron hasta trabar de los estribos y colas de los caballos. Revolvieron los de caballo, y luego todo el cuerpo del ejército, y casi no dejaron ninguno dellos vivo, así porque pelearon bravamente sin tornar un paso atrás, como por llevar pesadas armas, ca en cayendo no se podian levantar, y huir con ellas era por demás. Eran aquellas armas unos sacos con mangas hasta en piés, de algodón torcido, duro, y tres dedos gordo. Parecian bien con los sacos, como eran blancos y de colores, con muy buenos penachos que llevaban en las cabezas. Traian grandes flechas, y lanzas de treinta palmos. Este día quedaron muchos españoles heridos, y Pedro de Albarado cojo, que de un flechazo que le dieron en la pierna le quedó mas corta que la otra cuatro dedos. Peleó después con otro ejército mayor y peor, porque traian larguissimas lanzas y enherboladas; mas tambien lo venció y destruyó. Fué á Mahuatlan, y de allí á Athlechuan, donde vinieron á dársele de Cuatlachan; pero con mentiras, por descuidarle; que su intencion era matar los españoles; porque, como eran tan pocos, pensaban todos poderlos fácilmente sacrificar. Albarado supo su mal propósito, y rogóles con la paz. Ellos se ausentaron de la ciudad, y estuvieron muy rebeldes haciéndole la guerra; en la cual le mataron once caballos, que se pagaron con los cativos que se vendieron por esclavos. Estuvo allí cerca de veinte dias sin los poder atraer, y tornóse á Cuahutemallan. Anduvo Pedro Albarado deste viaje cuatrocientas leguas de trecho, y casi no hubo despojo ninguno; pero pacificó y redujo á su amistad muchas provincias. Padesció mucha hambre, pasó grandes trabajos, y rios tan calientes, que no se dejaban vadear. Parecióle tan bien á Pedro de Albarado la disposicion de aquella tierra de Cuahutemallan y la manera de la gente, que acordó quedarse allí y poblar, segun la órden é instruccion que de Cortés llevaba. Así que fundó una ciudad y llamóla

HA.

Santiago de Cuahutemallan. Eligió dos alcaldes, cuatro regidores, y todos los officios necesarios á la buena gobernacion de un pueblo. Hizo una iglesia del mismo nombre, do agora está la silla del obispado de Cuahutemallan. Encomendó muchos pueblos á los vecinos y conquistadores, y dió cuenta á Cortés de todo su viaje y pensamiento, y él le envió otros docientos españoles y confirmó los repartimientos, y ayudó á pedir aquella gobernacion.

La guerra de Chamolla.

A 8 de diciembre del año de 23 envió Fernando Cortés á Diego de Godoy con treinta de caballo y cien españoles á pié, dos tiros y mucha gente de amigos, á la villa del Espiritu Santo, contra ciertas provincias de allí cerca, que estaban rebeladas. No le dió mas gente por estar aquella tierra entre Chiapa y Cuahutemallan, donde iba Pedro de Albarado, y entre Higuera, á do luego habia de partir Cristóbal de Olid. Diego de Godoy fué y hizo su camino muy bien, y con el teniente de aquella nueva villa hizo algunas entradas y correrías. Llegó á Chamolla, que es un buen pueblo, cabecera de provincia, fuerte y puesto en un cerro, donde los caballos subir no podian, y tiene una cerca de tres estados en alto; la media de tierra y piedra, y la media de tablones. Combatióla dos dias arreo á muy gran peligro y trabajo de sus compañeros. Tomóla en fin, porque los vecinos alzaron su ropa y huyeron, viendo que no podian resistir. Al principio que fueron combatidos echaron un pedazo de oro por encima el adarbe á los españoles, burlando de su codicia y locura; y dijeron que entrasen por de aquello, que tenían mucho. Para irse arrimaron muchas lanzas á la cerca, porque los de fuera pensasen que no se iban; pero ni aun con todo esto lo pudieron hacer sin que primero lo supiesen los nuestros; los cuales entraron, mataron y prendieron muchos dellos, especial mujeres y muchachos. No fué grande el despojo, pero fué mucho el bastimento que allí se tomó. La principal arma eran lanzas, y unos paveses rodados de algodón hilado, con que se cubrian todo el cuerpo, y que para caminar arrollan y para pelear extienden. Chiapa, Huehueztlán y otras provincias y ciudades se visitaron y hollaron en esta jornada de Godoy; pero no hubo cosas notables.

El armada que Cortés envió á Higuera con Cristóbal de Olid.

Cortés deseaba poblar á Higuera y Honduras, que tenían fama de mucho oro y buena tierra, aunque eran lejos de Méjico; mas como tenia de ir la gente por mar, era fácil la jornada, quiso enviar allá antes que Francisco de Garay llegase á Pánuco; pero no pudo, por no perder aquel rio y tierra que tenia poblada. Como se vió libre de tan poderoso competidor, y tuvo cartas del Emperador, dadas en Valladolid á 6 de junio del año de 23, en que le mandaba buscar por ambas costas de mar el estrecho que decian, armó de propósito. Dió siete mil castellanos de oro á Alonso de Contreras para que fuese á comprar en Cuba caballos, armas y bastimentos, y hacer gente; y despachó luego á Cristóbal de Olid con cinco naves y un bergantin, bien artilladas y pertrechadas, y con cuatrocientos españoles y treinta caballos.